

siglos; . . . . . pero remontaos á miriadas de años á una edad del mundo en la cual los siglos se cuentan como los años en nuestra era, y en esos horizontes en los cuales el pensamiento, semejante á la paloma del arca, no halla un solo punto donde posarse, la negacion se encuentra en plena luz y no ve más que certezas que registrar.

¡Cuántas opiniones admitidas en nuestros días serán contempladas con admiracion y sorpresa en los tiempos venideros! Entónces la religion se burlará con fundado motivo de esas audaces afirmaciones que cautivan á nuestros incrédulos y dichas afirmaciones, despues de haber sorprendido durante breves momentos á los espíritus débiles, y apasionado á los espíritus predestinados, permanecerán siendo testimonio eterno de las divagaciones de la razon emancipada de la fé. No se entienda sin embargo lo dicho, en menosprecio de los grandes, de los verdaderos iniciadores de la arqueología prehistórica; mas si profesamos el culto á la ciencia, no queremos ser fetichistas de ella, y como desde el momento en que la ciencia prescinde de Dios deja de respetarse á sí misma, no creo estar obligado á guardarle más consideraciones que las que ella á sí misma se guarda.

## CAPITULO V.

### BASES DE UN COMPROMISO ENTRE LA FÉ Y LA CIENCIA DE LA NATURALEZA.

Acabamos de ver de qué manera prescinde la ciencia de la justicia respecto de la fé, y, so pretexto de neutralidad, escapa por la tangente á la oposicion sistemática. Sin embargo, si los naturalistas son capaces de conclusiones precipitadas y de tendencias hostiles á la exegesis ortodoxa, ¿puede sostenerse que esta se halle completamente exenta de prevenciones contra la ciencia? No lo creemos. Exegeta hay, y por cierto inglés (1) que considera la geología como

1 Hug. Miller, Testimony of the Rocks p. 892.

invención del enemigo de Dios y de los hombres. Por su parte, algunos apologistas franceses reciben sistemáticamente los progresos científicos, con la escéptica sonrisa y la incredulidad infundada que la ciencia opone á la revelación. Semejantes represalias no son ménos contrarias á la dignidad santa que á la esencia de la verdad. Si al presente la ciencia toma á su cargo el sostén de tesis aventuradas, que rechazará mañana, no es prudente alegar tales temeridades para desprestigiar sus incontestables certezas, ni sus investigaciones para desacreditar sus adquisiciones: hoy por hoy se halla en posesión de una porción de demostraciones contra las cuales no puede prevalecer la duda más metódica; y así como se hace traición á la fé, entregándola á los caprichos tergiversadores de la ciencia, sería comprometerla negar la ciencia en honra á la fé.

Nó, la honra de ambas está interesada en el pacto cuyas bases vamos á proponer. Demostrar que es posible ser un sabio profundo y un cristiano perfecto, vale mucho más que anatematizar la luz en nombre de Dios que es el sol. Por más que los dogmas sean inmutables, correse un peligro inminente en dejar creer que el espíritu humano encuentra siempre esta barrera

en el término de su horizonte, puesto que la verdad es que nada detiene su legítimo vuelo. No de otra suerte el viajero, engañado por una ilusión óptica, imagina tener las pirámides al alcance de su mano, siendo así que se levantan á gran distancia en el fondo del desierto.

Conviene pues que la teología trate á las ciencias naturales como amigas, sin prevención, sobrellevando generosamente el desarrollo progresivo y el constante desenvolvimiento de estas, con tal que no traspasen sus propias fronteras. Los más eminentes Padres de la Iglesia han empleado en provecho del progreso de la teología cuanto les ofrecía la ciencia profana; y puesto que sus vastos tratados conceden un lugar tan importante á las consideraciones filosóficas, es fácil imaginar cuántas nociones nos habrían transmitido sobre la naturaleza, si con estas se hubiesen objetado más sus opiniones y creencias. Al presente, que la generalización, y hasta podríamos añadir, la popularización de esos conocimientos, aumenta el peligro, es conveniente cultivarlas, para impedir que se empleen en el mal, y trabajar con el propósito de oponer á ese *diletantismo* de espíritu, que por curiosidad alcanza á todo, estudios profundos y regenerado-

res, capaces de llevar á cabo la conciliacion entre la ciencia y la fé.

Respecto del particular bastará con que digamos muy pocas palabras para que se desvanezcan muchas preocupaciones. El libro de las revelaciones divinas y el de la naturaleza, en manera alguna son antagonicos, puesto que son obra del mismo Autor, y expresion del mismo pensamiento. La Biblia no contiene error alguno, porque es la palabra de Dios: por su parte la naturaleza no enseña tampoco error alguno, porque es el fruto de la misma palabra. Cuando se abraja la conviccion de que el Dios de todas las verdades, es igualmente el Dios de la naturaleza y de la revelacion, ¿no puede presumirse que su voz, distinta en la una y en la otra de estas esferas, introduzca la division entre sus criaturas ó las induzca á error?..... «El verdadero cristiano camina por entre las obras del Creador, puesta la mente en más altas consideraciones. Para él las palabras grabadas sobre las rocas antiguas de nuestro globo, son las palabras de Dios, y no pueden estar en contradiccion con la revelacion escrita, como no lo están las de la antigua Alianza respecto de las del Nuevo Testamento. A veces encontrará el hombre dificultad en conciliar todas las manifesta-

ciones de ambas voces; ¿mas qué importa? ¡fig. nora acaso que su inteligencia es limitada y que vá aproximándose al diañen que desaparecerán todas las contradicciones aparentes entre lo que debería estar unido?..... Un doctor, cuya piedad y benevolencia han brillado mucho tiempo á la faz del mundo, Chalmers, decia delante de uno numerosa reunion de sábios: «El cristianismo ha de ganar mucho y no ha de temer nada absolutamente del progreso de las ciencias físicas (1).»

Por todas estas razones conviene pues acabar con la ortoxia mezquina que rechaza sistemáticamente los testimonios de la naturaleza, del mismo modo que con la ciencia presuntuosa que los exagera. Busquemos pues con este propósito los puntos de aproximacion entre las dos partes litigantes y separemos todos los motivos de recíproca hostilidad. Poner en evidencia: 1.º las concesiones hechas por la teología á la ciencia; 2.º las concesiones que la ciencia debe hacer á la teología, es no solo negociar entre ambas un tratado de paz, sino tambien una alianza fecunda en positivos resultados.

1 Quarterly Review, Vol. 10 July, p. 29,

Las disposiciones de la ciencia sagrada son por todo extremo conciliadoras, por lo mismo que cede voluntariamente en cuanto no le está divinamente prohibido, y abdica todas sus prerogativas, para no reivindicar más que lo que constituye su derecho inalienable. Sus inclinaciones pacíficas se revelan por la amplitud de sus interpretaciones, de sus abstenciones y de sus prescripciones relativamente á las ciencias de la naturaleza.

La Biblia no exige de los cristianos la fé, como no sea en el sentido establecido por los juicios de la Iglesia y el consentimiento unanime de los Padres. Nada ménos conocido, hasta por los sábios más eminentes que la hermenéutica sagrada, ó sea la coleccion de las reglas que deben presidir á la interpretacion de los textos revelados. Y al propio tiempo, nada más fácil, hasta para los espíritus ejercitados, que una buena exégesis, es decir, la aplicacion exacta de dichas

reglas. ¿Cuándo deben entenderse las palabras santas en sentido literal; cuándo en el sentido espiritual? ¿Cuándo tienen un valor dogmático; cuándo el de una simple metáfora ó alegoría? ¿Cuándo expresan hechos, cuándo no son más que figuras? Hé ahí las fuentes inagotables de dudas, aun para aquellos que creen firmemente en la divinidad de las Escrituras, en tanto no cuentan con el auxilio de la infalibilidad de la Iglesia. De donde resulta que la ciencia acusa frecuentemente á la Biblia de serle contraria, únicamente porque la explica ó interpreta á su antojo, imputándole lo absurdo, para tener un pretexto de poner en duda lo divino.

Por esto cuando la ciencia ataca la narracion bíblica, el conflicto no resulta jamás entre una enseñanza real de la Escritura, y un descubrimiento real de la geología, sino de una lucha de sistemas opuestos: es decir, sistemas personales de geología por un lado y sistemas personales de exégesis por otro, con los cuales, en último resultado, nada tienen que ver ni la Biblia ni la ciencia. Por esto motivo la Iglesia que no tiene interés directo en la cuestion, aguarda cruzada de brazos la resolucion del problema, con el objeto de aceptarla, y cuando los dos combatientes trabajan en involucrar en la cuestion el

uno la Biblia y el otro la ciencia, puesta la mira en hacerse prosélitos, no hacen más que apasionar el debate en su propio provecho, engendran do la confusión.

Al terminar el siglo décimo sexto, un exegeta, herido por la tendencia de ciertos apologistas á identificar la verdad absoluta con sus ideas particulares, y á confiscar, si así cabe decirlo, la autoridad de las santas Escrituras en provecho de sus opiniones, escribía: «Puesto que la Biblia no enseña las ciencias naturales, el teólogo prudente evitará el adherirse especialmente á una manera de ver determinada, en cuya virtud la defensa con demasiado calor, y la declare única conforme con nuestras santas letras. También pondrá gran cuidado en evitar, respecto de los mismos asuntos, las afirmaciones que no estén completamente de acuerdo con los hechos que ha demostrado la experiencia. Finalmente, cuestiones hay respecto de las cuales usan idéntico lenguaje la Biblia y la ciencia, y respecto de las mismas se guardará de considerar tales resultados como pertenecientes á la fe (1).

La Iglesia jamás fué cómplice en semejantes exageraciones de interpretación. Echasele en cara con cierta apariencia de razón el haber condenado á Galileo; pero esta sentencia dictada por siete jueces ignorantes, no firmada por el Papa, y reformada más tarde por la misma Iglesia, no puede prevalecer sobre una tradición contraria, explícita y perseverantemente formulada en los escritos de todos los Padres. Sus conclusiones pueden reducirse á estos dos principios capitales: Nada de lo que es científicamente verdadero es contrario á la Biblia, y nada de lo que pretende ponerse en oposición con la Biblia, está científicamente demostrado, según fácilmente puede de ello convencers e todo aquel que se tome el trabajo de consultar el conjunto de los maestros y no un sistema particular.

Si hay autoridad alguna en materia de escrituras, es indudablemente la de S. Jerónimo. Pues bien, este gran doctor se expresaba en estos términos. «La Escritura contiene muchas cosas dichas según la opinión del tiempo, no según la realidad de las cosas» (2). ¡Cuántos

descubrimientos científicos adquieren derecho de hospitalidad en las convicciones cristianas, no obstante la oposicion de ciertos textos, en virtud de esta otra regla prescrita por S. Agustin!

«Acontece con frecuencia que, por lo que se refiere á la tierra, al cielo, al mundo y á sus diferentes partes, los astros, sus movimientos, sus magnitudes, sus posiciones; los eclipses del sol y de la luna; la sucesion de las estaciones; la naturaleza de los animales, de las plantas, de las piedras y demás objetos de la propia naturaleza, un infiel, merced á la razon y á la experiencia, ha alcanzado nociones perfectamente exactas. Supongamos pues á un cristiano, que pretendiendo hablar de tales asuntos segun las enseñanzas cristianas, incurre, en presencia de los infieles en tan groseros errores, que estos, viendole, como comunmente suele decirse, en los antipodas de la verdad, á duras penas logra contener la risa. ¿No esto vergonzoso? ¿No es hasta perjudicial? ¿No debería ponerse en evitarlo el cuidado más solícito? Pero no es lo peor el que este ignorante se ponga en ridiculo: sino que los infieles, fundados en semejante ejemplo, lleguen á persuadirse de que nuestros autores sagrados aceptan semejantes extravagancias

puesto que, fundados en ello, los desprecian y rechazan, con lo cual resultan perdidos aquellos á quienes tratamos de salvar.

Si, cuando ven á un cristiano que se equivoca lastimosamente en las materias que ellos conocen á fondo, con la circunstancia además de apoyar sus errores en la autoridad de nuestros libros sagrados, ¿cómo se pretende que crean lo que en dichos libros se consigna relativamente á la resurreccion de los muertos, de la esperanza de la vida eterna y del reino de los cielos? Es imposible expresar los perjuicios, la tristeza que ocasionan á sus hermanos más prudentes esos cristianos presuntuosos, empleando los textos sagrados, sin comprender ni las palabras que pronuncian, ni el asunto á que se refieren.

¿No es esto lo que se puede ver en ciertas apologías modernas? Imprudencia es esta tanto más culpable, en cuanto nuestros textos revelados tienen al par y simultáneamente, muchos sentidos tales como el literal, el espiritual, el analógico, y en su profundidad elástica ofrecen fácil entrada á todas las fórmulas del Progreso. «Por lo mismo añade Santo Tomás, que la Escritura puede ser comprendida de diferentes maneras, nadie debe adherirse con tanto

empeño á una interpretacion determinada, que si prueba la verdad del contrario por medio de una demostracion cierta, no se abrace inmediatamente al contrario." *si quis an á her eumam. 16*

Hé ahí pues abierta la puerta de par en par á las interpretaciones racionales, y la Iglesia que es el intérprete divinamente instituido para llevar á cabo esta tarea, no tiene delante de ella un espacio limitado con parsimonia. Escepcion hecha del episodio, rebatido y amplificado, del proceso antes aludido, ¿dónde y cuándo se la ha visto poniendo trabas ó lanzando anatemas al génio del descubrimiento? ¿Qué nobles inventos ha pretendido ahogar bajo el peso de su intolerancia escrituraria? ¿No se le echa en cara hoy mismo la proteccion que dispensa á todas las novedades pseudo-científicas, diciendo que procede movida por espíritus de interés, en tanto que rechazándolas, se diría que obraba á impulsos de exageracion ortodoxa? ¿Cuantos sabios hay que sienten en el alma encontrar gracia delante de la Escritura, por lo mismo que esto les impide hacer uso del derecho de condenarla!

No permita Dios que en nombre de la Biblia pretenda absolver todas las imaginaciones científicas; mas ¿hay para que repetirlo? San Agustín en su primer libro relativo al Génesis, dejó

ya planteadas muchas cuestiones respecto del Hexameron, que hoy se consideran completamente nuevas, añadiendo: "No he tomado temerariamente partido en favor de determinada opinion en perjuicio de otra exposicion que podrá ser mejor."

Por su parte el sabio padre Piaciani, en comentario sobre la obra de los seis, afirma que si las creencias naturales, cronológicas ú otras, proporcionan alguna nueva interpretacion respecto de un texto obscuro de la Biblia, sobre el cual nada tenga decidido la Iglesia, no debe en manera alguna rechazarse semejante luz. Y tengase tambien en cuenta con cuanta amplitud ha procedido la palabra del Espíritu Santo, para dar abrigo en su seno á las diversas formas del dogma científico. Para ella la misma importancia é idéatico valor merecen los neptunianos que los volcanistas; y los paleontologistas, que creen, con ciertos padres, que Dios creó en el fondo que habitamos, mundos anteriores al mismo, no son en manera alguna condenados. Si es reprobada la opinion de Orígenes que consiste en pensar que los astros son séres animados, la que los considera como mundos habitables y aun habitados es perfectamente libre. Con tal que se guarde la consideracion debida á las raras ver-

dades dogmáticas que se refieren á la creacion del mundo, es permitido admitir todas las suposiciones respecto de la manera de esta creacion, por lo mismo, dice Santo Tomás, que los santos padres han tenido respecto del particular sentimientos diferentes.....

Que la geología explique pues como mejor le parezca los períodos genesiácos; que la paleontología complete sus flores y sus faunas grandiosas de los mundos que fueron; que la cronología en fin, remonte la historia de nuestro planeta, de transformacion en transformacion, hasta el momento en que no era más que una tenue nubecilla que flotaba en el éther, la palabra divina queda muy por encima, por no decir que nada tiene que ver con semejantes debates, y si alguna vez se vió envuelta en ellos; fué más bien por la ignorancia, que como á sus agresores, alcanza á los que la defienden.

Al paso que vayamos adelantando en este exámen comparado de los dogmas religiosos y de los asertos científicos, veremos por ambos lados acortarse las distancias sobre el terreno de las verdades adquiridas, y perpetuarse únicamente los conflictos, en lo que son hipótesis y erróneas preocupaciones. Y francamente ¡qué motivos podríamos alejar para sublevarnos con-

tra los resultados de las investigaciones contemporáneas, «nosotros que amamos la ciencia, que la pedimos al cielo y á la tierra y que marchamos en pos de ella con la frente inundada de sudor?..... Por lo que á mi toca, tengo la costumbre de considerar esas conquistas como si á mí mismo me pertenecieran, desde el punto y hora en que me he tomado el trabajo de concederles un lugar en mi espíritu... Si tengo la dicha de poseer la fé en Dios, busco y encuentro frecuentemente la manera como la nueva verdad se pone de acuerdo con mi fé, y esta ciencia comparada es la fuente de los más brillantes resplandores.» Hé ahí el verdadero espíritu científico, es decir, el de la Iglesia y el de las inteligencias verdaderamente dignas de hablar por ella en esta discusion.

Tenemos, pues, que solo los que no son tan ignorantes en teología como en ciencia, se permiten, en perjuicio del dogma, considerar determinadas opiniones científicas *preferidas* ó *admitidas* por la Iglesia. La Iglesia no acepta la responsabilidad de las exclusiones ni de las simpatías que se le achacan respecto del particular. Apenas si de tres siglos á esta parte, alguno de sus intérpretes ha ensayado falsear su actitud en medio de tales polémicas hoy por hoy ha vuel-

to á su preciosa neutralidad de las primeras edades. Y si se imagina que la nueva concordia propuesta, constituye por su parte una hábil retirada, ó por lo ménos un cambio de frente, fijese la atencion en la voz elocuente y en la elocuente protesta del siglo quinto en apoyo de mis afirmaciones: «En las cosas oscuras, cuando leemos escritos hasta divinos que, sin perjuicio para la fé, pueden engendrar opiniones diversas, no nos precipitemos exclusivamente en favor de ninguna, teniendo en cuenta que si llega á caer la opinion aceptada por nosotros, podemos tambien caer con ella, y que combatiendo de este modo, no en favor del pensamiento de las divinas escrituras, sino en apoyo del nuestro, trabajamos más bien en poner las escrituras de acuerdo con nuestras ideas, que en hacer que nuestras ideas se conformen con las escrituras.

Esta latitud de interpretacion practicada por la ciencia sagrada, parece, al par, lógica y justa, cuando se recuerda la legítima *abstencion* que se impone relativamente á la ciencia profana. En efecto, la Biblia, con una autoridad que sólo lo proviene de los juicios de la Iglesia y del asentimiento de la tradicion, nos enseña todo cuanto se refiere á la fé y á las costumbres; más

no puede hacer objeto de sus fines la enseñanza de las ciencias físicas. A los escritores sagrados no les fué dada la inspiracion para aumentar el caudal de sus conocimientos ó el de los nuestros en el órden de la naturaleza; por consiguiente, cuando la Escritura habla de los acontecimientos, de los fenómenos y de las leyes de la creacion, lo hace segun las ideas generalmente admitidas, sin precision ni correccion científica, procurando expresarse de manera que pueda ser comprendida. Su tarea se reduce á traducir la revelacion divina, y por lo tanto abandona á las disputas de los hombres el descubrimiento y la fórmula de la revelacion material. «De esta suerte la Sagrada Escritura muestra su carácter divino en el sentido de que toda la ciencia venidora se encerrará dentro de sus límites, y como no se ha anticipado respecto de ninguna cuestion, no hay ciencia alguna especial que pueda decirle: *si tacuisses.*»

Hemos de insistir respecto de este punto: el fin principal que la Biblia se propone consiste en moralizar al hombre, y por consiguiente en enseñarle, respecto de las creencias y del deber secretos que por sí mismo no podría adivinar. Si el hombre hubiese comenzado su educacion por el conocimiento de la naturaleza, acaso, ven-

cido por sus encantos, no habría sabido elevarse á más altas regiones, y por esto Dios comienza por enseñarle las verdades invisibles, para que no las olvide en ningún tiempo, dejando á su libre investigación el cuidado de descubrir las demás. Por este mismo motivo, casi nada de lo que es objeto de la ciencia propiamente dicha, confina con el objeto de la revelacion á fin de que resulte perfectamente demostrado, que la ciencia es la revelacion del hombre completamente distinta de la de Dios.

Esto explica por qué, según Santo Tomás, la Biblia habla de la naturaleza *según la opinión del pueblo*. Esto justifica principalmente la bella observacion de Keplero. «La Escritura al enseñar verdades sublimes, se sirve, para ser comprendida, de locuciones usuales. Solo incidentalmente trata de los fenómenos de la naturaleza, y, cuando lo hace, emplea las palabras de que se vale el común de los hombres. Nosotros mismos, astrónomos, no cuidamos de perfeccionar el lenguaje al propio tiempo que la ciencia astronómica, pues como el pueblo, decimos: los planetas se detienen, los planetas vuelven, el sol se levanta, el sol se pone, nacen de hácia mitad del cielo, etc., etc. Como el pueblo, expresamos lo que al parecer se realiza ha-

jo nuestros ojos, aunque nada de ello sea verdad. Por consiguiente, y respecto del particular, debemos ser ménos exigentes respecto de la Escritura, puesto que abandonando el lenguaje ordinario para adoptar el de la ciencia, solo lograría confundir á los sencillos fieles, sin alcanzar el fin sublime que se propone.»

«¿Pongámos que un fundador de religion, como Moisés se hubiese hallado en posesion de todos los conocimientos astronómicos y geológicos que forman parte de la ciencia, ¿no le habría resultado mucho más perjudicial que útil, emplear el idioma de Copérnico, de Newton, de Laplace, de Werkes, de L. de Buchon y de sir Carlos Lyell? De seguro durante dos mil años habra sido mal comprendido y peor juzgado, y todo esto nada más que para dar una satisfaccion al siglo décimono, puesto que, lo que es el vigésimo, ya no participaría de ella.»

Por consiguiente, cuando la Biblia menciona los dos astros que presiden al día y á la noche, hablando de ellos al parecer cual si fueran los mayores que existen, expresa una mera aparicion no una afirmacion doctrinal. Cuando los Padres discuten para saber si la voz hebrea *Kikajou* expresa un árbol ó un matorral, y si Jonás aguardó la ruina de Nínive á la sombra de ese

trbol ó de ese matorral, la Iglesia prescinde del debate con la más completa indiferencia, por lo mismo que la cuestión es para ella completamente ociosa. Cuando Josué exclama: *Detente Sol* en vez de decir: Tierra cesa en tu movimiento de rotación, la Biblia está tanto más de acuerdo con el sentido comun, en cuanto los encargados de las observaciones astronómicas, empleando aún el lenguaje de Josué, señalan todavía la *salida* y la *puesta* del sol, y no las evoluciones de la tierra. Finalmente, cuando el hexamerón refiere detalladamente el origen de las cosas, contiene indudablemente pasajes que pertenecen á la *substancia de la fé*, y que tienen un caracter dogmático ó teológico, por ejemplo, las que se refieren al hecho de la creación; pero, en cambio, ofrece otros pasajes que solo incidentalmente, dice Santo Tomás, tocan á dicha fé, como acontece con el modo y el orden de esta creación.

Por consiguiente, en este caso, la Biblia no parte de una decisión resuelta, sino que se entrega á la curiosidad de los sábios, empleando las imágenes de la naturaleza con el mero propósito de desenvolver verdades sobrenaturales. «De donde resulta que respecto de las cuestiones del dominio de las ciencias físicas, no es

posible más decisión dogmática que la que cabe en las pertenecientes á la gramática y á la medicina, por lo mismo que la Iglesia sólo es intérprete infalible de la santa Escritura, del mismo modo que la unanimidad de los Padres sólo forma regla para la exégesis, en las cosas de fé y de las costumbres.

¿Debemos, pues, acusar á M. Ampere de traspasar los límites de la deducción autorizada, cuando dice: «O Moisés tenía en las ciencias una instrucción tan profunda como la de nuestro siglo, ó estaba inspirado!» Certo que en esta cosmogonía, cuya exactitud, según expresión de Cuvier, *se verifica de una manera notable todos los días*, brilla el génio sobrenatural del legislador hebreo; cierto que era indispensable un golpe de vista inspirado, sea por una revelación, sea por medio de tradiciones divinas, para poder reconstruir el pasado de manera que pudiese hacer frente á la ciencia de todas las edades siendo así que no existe un solo génesis, excepción hecha de este, que pueda sostener las miradas del buen sentido; mas, aún así, no puede ménos que reconocerse que, en cuanto se refiere á los detalles extra-dogmáticos, el hexamerón dista mucho de poder ser considerado como el manual infalible de la ciencia. Pronto se equi-

ria en cara á Moisés el no haber inventado la teoría de la electricidad ó de los pozos artesianos. En suma, por más que la exegesis sea inflexible en cuanto se refiere á la guarda de las verdades reveladas, es completamente tolerante respecto de su hermana encargada de interpretar el libro de la naturaleza, con tal que esta le guarda los respetos y consideraciones que á ella merece. Planteada y á un resuelta en estos términos la cuestión de atribuciones recíprocas, ¡cuántas dificultades desaparecerían, y qué inmensa fecundidad podría resultar de su unión!

Lata en sus interpretaciones y en sus abstracciones, no se muestra más exigente la ciencia sagrada en sus prescripciones; porque, ¿á que se reduce en último resultado la parte dogmática del primer capítulo del Génesis? A cuatro enseñanzas que dejará justificadas la continuación de estos estudios, mojonés tan necesarios en medio de la noche profunda del principio de las cosas, que sin ellos el espíritu naufraga en un caos de contradicción y absurdos.

La primera de las verdades de esta historia primitiva, consiste en que Dios es el Creador del mundo y de todo cuanto abarca. Mares y continentes, astros que pueblan al cielo, vege-

tales que cubren la tierra, animales que nadan en las aguas, que hienden los aires con sus alas, que moran sobre el suelo, finalmente, el hombre que vino en pos de todos, como un rey precedido de un cortejo solemne; nada queda olvidado en esta enumeración sublime, y nada hasta ahora ha logrado destruir ni la divina autenticidad de la narración, ni los prodigios que refiere. ¿Qué valen todas las variantes de la negación científica contra este dogma fundamental? Más tarde lo veremos; dejémos ahora consignado que, respecto del particular, la fé protesta y no transige, sin perjuicio de dar sus explicaciones.

Una segunda verdad resulta de la creación y del arreglo del mundo, y es que concluida la obra, vió su supremo arquitecto *queera buena*. El pesimismo materialista de los tiempos modernos jamás logrará lo contrario. Ya sabemos que la ley de la libertad humana supone en la tierra la mezcla del bien y del mal en el orden moral, y una ley de justicia, á aquella correspondiente, supone la mezcla del bien y del mal bajo la dirección física, mas la resultante de estas fuerzas opuestas constituye una bellísima armonía, tan bella que, físicamente, será la eterna admiración de los contempladores del mundo, y, moralment

te. el espectáculo de todas las almas enamoradas de los combates de la virtud. Pero lo que á mí toca, si tuviera la desgracia de contarme entre los blasfemos de las causas finales, considerando solamente que la duracion del día no ha disminuido un ápice desde el tiempo de la escuela griega de Alejandria, y que este reloj inmenso que se llama universo, no ha necesitado compostura ni reparacion, caería postrado á los piés de su Autor, y convendría en que lo hecho por él es bueno.

Otra verdad que parece destinada especialmente á vengar á nuestra especie de los afrentosos orígenes que hoy día se le han atribuido, es la que consigna que cuanto ha sido creado es para el uso del hombre. Fíjese el lector, probablemente afligido, viendo la nobleza de nuestra sangre insultada por las nuevas teorías; fíjese, repetimos, en la siguiente bellísima refutacion de todos los darwinismos, refutacion que, al par constituye nuestro título de reyes de la creacion, firmado por la mano de la divinidad. Y dijo Dios: «Hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza, y que reine sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre la tierra y sobre los reptiles que sobre la tierra se arrastran.» Dios creó, pues, el hombre

á su imagen, creó á imagen de Dios, y macho hembra los creó, y los bendijo y les dijo: Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sujetadla, dominad sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra. Y dijo tambien: Os doy todas las yerbas que hacen grano sobre la tierra, y todos los árboles que dan frutos y en cierran en sí mismos su simiente, cada uno según su especie, á fin de que os sirvan de alimento, y á todos los animales de la tierra, á todas las aves del cielo, y á todo lo que se mueve sobre la tierra y que está vivo y animado, doy la verdura de las yerbas á fin de que tengan de que alimentarse (1).»

Adán, Eva, las lágrimas de alegría que vieron al abrazaros, me garantizan que sois los verdaderos padres del género humano: en cambio, el horror y repulsion que me inspiran los animales que se me dan como progenitores, constituyen el grito de la naturaleza contra tan abyecta invencion.

Finalmente, cuando se estableció que todo es para uso del hombre, fué preciso disponer tam-

bien que el hombre pertenece á Dios, de donde resulta la cuarta de las verdades promulgadas por el hexamerón. «Trabajareis durante seis dias; pero el séptimo es el sábado y el reposo consagrado al Señor, porque el Señor hizo en seis dias el cielo y la tierra, y el séptimo descansó (1).»

De manera, que el precepto del Sábado, ó del culto público respecto de la divinidad, se remonta á los primeros dias del mundo: precede á las prescripciones del Sinaí; resulta, no solo de la voluntad, sino tambien de los primeros preceptos de Dios manifestados á la humanidad. De manera, que toda la legislación que ataque el Domingo, atenta contra una de las leyes de la creación, y sucumbirá bajo el imperio de esta ley que se impone con la autoridad ineludible de la necesidad.

Tal es el contenido dogmático de esta primera página de los anales humanos. Del paralelismo establecido entre la semana divina de la creación, y nuestra semana, háse pretendido deducir la proporción exacta de los períodos geneésicos, infiriéndose que, puesto que nuestros dias son únicamente de veinticuatro horas,

1 Gen 1.

no debian ser más largos los de la semana hexamétrica. Más tarde veremos detalladamente lo que debe pensarse de semejante objeción: entre tanto juzgamos conveniente dejar consignado que San Agustín, anticipándose á la ciencia decía hace mil cuatrocientos años: «Los tres primeros dias no podian ser como los nuestros, puesto que el sol no estaba aún en relación con la tierra para regularlos.»

Tomáos, pues, cuanto tiempo, y cuanto amplitud hayáis menester para sentar los sillares del mundo, según el plan que hayáis imaginado del mismo: con tal que permanezcáis encerrados dentro del cuadro de las cuatro verdades que dejamos consignadas, no traspasareis los límites de la fé. De dónde resulta, que la ciencia puede desplegar osadamente sus anchurosas velas: esos dogmas, más bien que barreras donde corra á estrellarse, serán faros luminosos que la alumbrarán en su camino. Pero falta ahora averiguar qué es lo que pondrá por su parte, para que pueda llevarse á cumplido término la conciliación.

## II.

La inteligencia entre la ciencia y la fé sólo puede mantenerse por medio de recíprocas concesiones: si aquella retrocede al paso que avanza, el momento del encuentro será siempre imposible. Es indispensable pues que la ciencia se muestre liberal á su vez, so pena de no llegar jamás á perfecta inteligencia; y en nuestro concepto no tendrá dificultad en ello, si se hace cargo de tres consideraciones capaces de mantenerla en el lugar que le corresponde: sus límites, sus inconvenientes, sus contradictores.

La ciencia actual no comete solamente el error de fijarse límites arbitrarios, sino el de traspasarlos, con todo y haber reconocido que carece de derecho para ello. De manera que si mantiene encendida la guerra, es merced á una violación de fronteras, bastante con que se encerrara en sus tiendas, para que reapareciera la paz. No empiece pues por decretar el conocimiento intuitivo y la creencia constitutiva de

los estados de la inteligencia completamente extracientíficos, puesto que, procediendo así, se reserva para su uso exclusivo el monopolio de la autoridad racional. En vano pretende suponer que se circunscribe diciendo: «Mi dominio consiste en el estudio de las fuerzas que pertenecen á la materia, y en el de las condiciones ó leyes que rigen estas fuerzas (1)». Sus estudios sobre la materia son una negación más ó menos explícita del espíritu. En vano dice un día que permanece ajená á las cuestiones metafísicas y religiosas; puesto que al siguiente proclama que «la religiosidad le parece una flaqueza y una confesión de impotencia (2)». En vano precinde por la mañana de los problemas del destino humano, de las causas primeras y finales como extrañas á su esfera de acción, ó invisibles desde su horizonte, puesto que por la tarde manifiesta que no se ocupa en ellos porque son «vaciedades desprovistas de sentido (3)».

Por consiguiente á la ciencia se revuelve contra la fé, es porque se sale de su terreno, para

1 Aug. Compp. Phil. Positiv.

2 Idem.

3 Der Material P. 52.

colocarse en el que á la fé corresponde, y así como ciertos teólogos de los últimos siglos pretendían encadenar la ciencia, valiéndose para ello de algunos textos de la Escritura mal comprendidos, está al presente quisiera someter la fé á las formas de una autoridad con frecuencia convencional. «Sin embargo, dice Schleiden, la primera regla que deben observar las ciencias exactas, consiste en no ocuparse en lo que no corresponde ni entra en el círculo de sus atribuciones, ni para afirmarlas, ni para negarlas. El alma, la libertad y Dios, no pertenecen al dominio de las observaciones físicas. ¿Cómo es posible pues que hable de ellas el naturalista? Que afirme ó niegue tales verdades es igualmente inconsecuente; pero si cómo hombre y no cómo naturalista, llega á ocuparse en tales verdades, acuérdesese de la segunda regla de las ciencias, que consiste en no pronunciar jamás un juicio sobre una cosa, sin conocerla á fondo. Para juzgar una verdad astronómica, es indispensable haber profundizado la astronomía; como es necesario conocer perfectamente la química, para resolver una cuestión química. Pues de la propia suerte para pronunciar un juicio en materia filosófica, es indispensable haber estudiado profundamente la filosofía, si no quiere caer en

tal ridículo. ¡Cuántas veces el especialismo contemporáneo ha caído en tal ridículo, y más tarde ha blasfemado por haberse cubierto de él!

Los percances ó inconvenientes que la ciencia experimenta, deberían ser motivo para que moderara el atrevimiento de sus afirmaciones. La Iglesia que puede justificarse con su infalibilidad, puede habérselas con el espíritu humano, por lo mismo que con justo título pone de manifiesto las faltas en que incurre; mas la ciencia que jamás es perfecta y que continuamente se hace y se rehace, no tiene derecho en manera alguna para lanzar contra la fé, anatemas de los cuales frecuentemente se ha de retractar. No hay para qué empecemos de nuevo la interminable lista de sus mistificaciones. En estricta justicia debemos dejarla que se conteste á sí misma antes de contestarle nosotros. Sus sistemas se destruyen tan infaliblemente los unos á los otros cada diez ó veinte años, que podríamos muy bien decirle: Para ocuparnos de tí esperamos á que cuentes mayor número de años de duración; apresurándonos demasiado corremos el riesgo de atacar cuando hayas ya desaparecido; una verdad tan antigua como la nuestra, tiene por lo ménos el derecho de exigir para atacar á que cuentes con un mañana; ¿porqué to-

marse el trabajo de derribar lo que ha de der-  
rumbarse sin el menor esfuerzo?

Si, nada hay que refute tan bien el error co-  
mo el mismo error. Acuérdomos perfectamente  
de la época en que los sabios se burlaban del pe-  
riodo neptuniano: la tierra cubierta por las a-  
guas les parecía una imaginación descabellada.  
Si se les ponían de manifiesto los restos maríti-  
mos encontrados encima de las montañas más  
elevadas, contestaban con Voltaire: son conchas  
de los peregrinos que han ido á Roma ó á Je-  
rusalen. Pasado algun tiempo reapareció la mo-  
da científica de los diluvios: los cataclismos pro-  
ducidos por el agua y el fuego han constituido  
la solución casi maquinaal de los sistemas geoló-  
gicos, y los mismos incrédulos que apénas admi-  
tían la existencia del agua en los ríos del mun-  
do saliendo de los cáos, la ponen á cada instan-  
te hasta por encima de las más elevadas cordi-  
lleras. Hubo un tiempo en que la ciencia recha-  
zaba la existencia del hombre antes del diluvio  
de Noé, hoy pretende que el hombre ha apare-  
cido sobre la tierra hace miles y tal vez millo-  
nes de años. La verdadera geognosia dice  
Humbolt, es cierta; pero cuanto se refiere al es-  
tado primitivo de nuestro planeta, es tan cierto  
como la materia de que está formada la atmósfera

de las estrellas (1). Sin embargo, esto no ha  
impedido que algunos geólogos imaginaran un  
pasado de la tierra tan lleno de fábulas como las  
épocas más maravillosas de la antigüedad.

«De la propia suerte en materia científica  
una probabilidad resulta desacreditada por otra.  
El progreso de una generación constituye á los  
ojos de la siguiente una superstición ridícula,  
y para cada hecho incontrovertible existen mil  
creencias sujetas á cambio y modificaciones. Y  
es que sólo poseemos fragmentos incómplos  
de la crónica del mundo escrita bajo las capas  
de la tierra. Es sensible que se haya olvidado  
con harta frecuencia. Sabios hay que parecidos  
á ternos jumentillos, se sienten inclinados á re-  
tozar en el campo de la investigación, sin ten-  
er en cuenta los fosos y empalizadas que seña-  
lan los límites de sus investigaciones, ni pre-  
ocuparse poco ni mucho de lo imperfecto de los  
datos que poseen [2];» mas no transcurre mu-  
cho tiempo sin que sus caídas y tropezones les  
advertan de que no siempre corriendo se avan-

za, especialmente si la carrera de mañana consiste en volver sobre el camino de la víspera.

Por último, además de sus límites y de los percañones que experimenta, debe recordar la ciencia á sus *contradictores*, con lo cual contará más y más con la fé. Y al expresarnos en estos términos, nos referimos á los que contradicen su incredulidad, con pertenecer al número de los sabios: Por su número y por su valer, constituyen un falanje poderosa, que pueden hacer frente á los que forman en el campo opuesto, no obstante todos los intereses de amor propio y de independencia que naturalmente deben reforzarlo. Cuando se leen las páginas escritas por un Cárlos Vogt, un Moleschot, un Buchner encuéntrase en el blasfemo algo de aire triunfal, que parece anunciar en toda la línea la derrota de la verdad y la destrucción de sus mantenedores; mas en cuanto se domina la cuestión y se conocen los combatientes empeñados en la lucha, no se sabe que es lo que debe causar más sorpresa entre la ceguera y la presunción de la ciencia volteriana. Ruego al lector que no se halla al corriente de los hombres ni de los libros, y que frecuentemente se siente más impresionado por el renombre de aquellos que por el valor de sus obras, se sirva recorrer la siguiente compendio-

la lista de los campeones del saber ortodoxo.

El divorcio entre la ciencia y la fé es de fecha muy reciente. Hasta el siglo décimo octavo, los sábios propiamente dichos, eran talentos universales. La inteligencia humana marchaba entonces apoyada siempre en la metafísica, la psicología y el estudio de la naturaleza, y esos diferentes focos de luz, concentrados en una sola frente, formaban génius completos, en los cuales el saber más profundos se armonizaba con la religión más sincera: Pascal y Galileo, Descartes y Leibnitz, eran la expresión y el producto de esa asociación fecunda, no obstante y no ser los primeros representantes de la mismas.

Ya el siglo décimo tercio nos ofrece en Bacon al naturalista más ilusre, al par que al cristiano más fiel de la edad media: su homónimo Francisco Bacon, en el siglo décimo sexto, escribió el famoso axioma respecto de las ciencias de la naturaleza, «poca filosofía inclina al ateísmo, mucha filosofía conduce á la religión (1).» Los tres padres de la astronomía moderna, Copérnico, Newton y Kepler, fueron creyentes

1 Diction des sciences theol.

hasta la más tierna piedad: Copérnico dedicó al Papa Paulo III su sistema astronómico; Isaac Newton comenta la Biblia descubriendo el camino y las leyes del movimiento planetario; Kepler concluye su magna obra con un acto de fé, verdaderamente extático, al Señor de los cielos que acaba describir. Finalmente, Eulero se expresaba en los siguientes términos, relativamente á la Biblia:

«Por lo que respecta á las dificultades y aparentes contradicciones que encuentran los espíritus descreídos, debe tenerse en cuenta que no existe ciencia alguna, por más que esté sólidamente fundada, respecto de la cual no puedan dirigirse objeciones más ó ménos especiosas, encontrándose del propio modo contradicciones aparentes de tanto bulto, que á primera vista podrían considerarse insolubles. Sin embargo, aun cuando pudiera demostrarse, no por bien, ¡por qué razón habian de influir en quitar autoridad á la Santa Escritura reparos á esos parecidos! La geometría se considera como una ciencia en la cual nada se supone, que no pueda ser reducido de la manera más distinta, de los primeros principios de nuestros conocimientos. Y sin embargo, se han encontrado gentes que pasaban mucho de meras medianías, que han propuesto

contra ella razonamientos tan capciosos que, para refutarlos, ha sido menester no escasa penetración: á pesar de esto, la geometría nada ha perdido de su valer, y lo mismo acontecería aun cuando no se bastara á sí misma para destruir completamente las dificultades. ¿Con qué derecho, pues, los espíritus descreídos, pretenden que debe rechazarse la Sagrada Escritura á consecuencia de algunos estorbos que, por punto general, no tienen con mucho la importancia de aquellos á que se halla expuesta la geometría (1)?

Mas, llega el siglo décimo octavo, y se separan las diferentes ramas del saber humano. La filosofía y la literatura continúan siendo patrimonio de los talentos superiores, la ciencia se trasforma en una manipulación ó en un interrogatorio hábil de la materia, y á fuerza de contemplar la tierra, olvida elevar la mirada al cielo. Con todo, no vaya á creerse que aun en este cultivo normal de ciertas aptitudes intelectuales, en detrimento de las otras, la ciencia se encuentra siempre y en todas partes inclinada á las conclusiones ateístas: tenemos, si así puede de-

1. Demostracion evangélica, libro 1.º, §. 11.

cirse, ante nuestros ojos, una prueba elocuentsima.

En Alemania, por ejemplo, en ese país de las negaciones radicales, ¿se presume, por ventura, que merezca unanimidad de los sufragios la exegesis materialista? Pues muy léjos, de ello: Enrique Steffens, H. V. Schubert, Carlos V. Rautner, Joh. V. Fuchs, Andres y Rodolfo Wagner, Federice Pfaf, J. Madler, Joh. Müller, J. Hyrtl, Gustavo Bischof, Hermann, V. Meyer, Carlos V. Leonhard, Federico Augusto Quensted, K. E. V. Bar y otros muchos, demuestran por medio de sus trabajos, que el respeto á la fé en los grandes espiritus, puede marchar, de consuno, con la ciencia de primer orden.

Y en Francia, donde las escuelas y los periodiquillos hánse convertido en instrumentos de propaganda impia, ¿se presume acaso que la ciencia se haya pasado con armas y bagajes al campo de la legacion? Por la vez centésima podria dejar aquí consignados los nombres de Cuvier, Alejandro Brongniart, Deluc, Binet, Biot, Ampere, Augusto Cauchy, de Quatrefages, Marced de Serres, de Blainville, Elias de Beaumont, etc. para contestar á aquellos que consideran la fé como patrimonio de gentes atrasadas, y la negacion como el estandarte bajo el qual militan

los iniciados en la naturaleza y en los misterios de lo porvenir.

Y en Inglaterra, que es la patria de Darwin y de sir Carlos Lyell, ¿habríase abandonado la Biblia por los nuevos génesis de la historia natural? De ningun modo; además del célebre Chalmers, cuenta con un gran número de sabios ingleses ó americanos favorables á la revelacion. Buckland, Wewel, Sedgwick, Fleming, Hugo Miller, Juan Macculloch, Davy, Owen, etc., etc., son de ello prueba manifiesta. Y todavía á estas autoridades de primer orden podemos añadir notabilidades distinguidas, tales como Conybeare y Hitchcock, James Richard, sir O'Brewster, Jamesson, Silliman, Eduino Turner, y nos sería fácil comprender la imágen de Claudius, representando la naturaleza como un inmenso altar, ante el cual hincan la rodilla los grandes de la tierra, y las tropas ligeras del mundo sabio pasan con el sombrero calado.

Admitamos, sin embargo, que confundidos con esas tropas ligeras, marchen tambien algunos espiritus graves: en tal caso, podremos decir que son hostiles á la religion, ménos que por su profundo saber, por especial predisposicion de su naturaleza. Acaso, nada lo prueba mejor que un incidente acaecido en Inglaterra á fines

de 1864. Un hombre desconocido en el mundo científico, remitió á otros muchos, muy distinguidos, suplicándoles que estamparan su firma al pié, una declaracion en la cual se expresaba que no es posible, en manera alguna, la contradiccion entre las revelaciones de la naturaleza y las de la Sagrada Escritura. ¡Cosa apenas creíble! Mas de doscientos sábios, entre los cuales se contaban verdaderas eminencias, firmaron espontáneamente dicha declaracion; y si rehusaron hacer lo propio Jhon Herschell y algunos otros, fué con la declaracion expresa de que admitian y suscribian sin restriccion alguna toda la tésis de la declaracion; añadiendo que no lo afirmaban, temerosos de que en su adhesion, se viera una sombra de protestas contra colegas suyos de verdadero mérito. Esas doscientas firmas recogidas en un solo país, por un sólo hombre, sin autoridad alguna, y en condiciones tan poco favorables, demuestran que la ciencia podria vivir en muy buena inteligencia con la fé, con tal que los sábios no crearan obstáculos á ello; mas la separan para reinar, en tanto que como obrasen impulsados por el deseo de conciliar, podrian conducir á buen término la aproximacion más honrosa para ambos partidos y la más útil para la paz de las inteligencias.

## CAPITULO VI.

### ENUMERACION DE LAS CIENCIAS CUYO

CULTIVO EXCLUSIVO PREDISPONE Á LA INCREDULIDAD,

Dejamos señaladas las tendencias que, bajo un punto de vista general, relativamente á la religion, distinguen y caracterizan el movimiento científico contemporáneo. ¿Cuáles son las ciencias más fecundas en objeciones é influencias antireligiosas? La contestacion á esta pregunta va contenida en el presente capítulo.

¿Como se explica que el espectáculo de la naturaleza, del cual dijo el gran Buffon que «es el trono exterior de la divina magnificencia» pue-